

## IX. LOS AÑOS 448 A 450: LAS EMBAJADAS

El imperio oriental estaba agotado y no se hallaba ya en condiciones de seguir la lucha. Se vieron en la necesidad de abrir nuevas negociaciones. La gran incógnita de este período es ¿por qué el Imperio occidental no mandó ayuda a Oriente durante estos años tan duros y penosos? Hasta el autor occidental de la *Chronica Gallica* dijo: «(...) *com nulla ab Occidentalibus ferrentur auxilia*»<sup>561</sup>. Oriente había enviado tropas en ocasiones para ayudar al Occidente, la última vez en la primavera de 440, cuando el Occidente se enfrentó a los vándalos en África. Aunque también es cierto que durante esa crisis ambas partes del Imperio se vieron afectadas.

En el Occidente mandaban los grandes terratenientes y Aecio, ambos en buenas relaciones con los hunos. Estos eran en este momento, aliados y habían servido en el ejército romano luchando contra los enemigos bárbaros y defendiendo las propiedades romanas. Podría ocurrir que el imperio necesitara en el futuro su ayuda otra vez y no estaban dispuestos a destruir su reino, ni siquiera para salvar el Imperio oriental.

Los años entre el 447 y el 450 vieron un continuo ir y venir de embajadas diplomáticas entre los hunos y Constantinopla. Pero mientras éstas se llevaban a cabo, en el 448 Atila volvía su atención hacia los Acatziros, un pueblo huno independiente, asentado en los territorios caucásicos cerca del Mar Negro<sup>562</sup>. Según Jordanes éstos eran nómadas, y estaban divididos en clanes y tribus, cada uno con su propio jefe. Bussagli piensa que, «Casi con seguridad, en su origen los agâceros (pueblo de los árboles o de los bosques en Turco), eran grupos que habitaban en los bosques del Altai y que desarrollaban una actividad metalúrgica (...) y que confluyeron en el núcleo que generó, mediante diferentes mezclas, los futuros hunos atilanos»<sup>563</sup>.

Parece que los Acatziros mantuvieron relaciones amistosas con los hunos occidentales, por lo menos hasta la muerte de Bleda. El hecho de que después se produjera un deterioro en las relaciones puede significar que los territorios bajo el control de Bleda lindaron con los de aquéllos y que el hermano de Atila mantenía pactos y alianzas particulares con las tribus independientes de la vecindad. La importancia política de Bleda pudo haber sido mucho mayor

---

561 *Chron.Min.*, I, p. 662.

562 THOMPSON, E., *A History of Attila and the Huns*, p. 95: fecha esta guerra en el año 448 porque Prisco dice que estaba recién terminada en el año 449. cfr. PRISCO p. 298.25.

563 JORDANES, *Getica*, V.35, *Chron.Min.*, p. 63; BUSSAGLI, M., *Attila*, p. 114.

de lo que se ha pensado pero al estar fuera del campo de la historia occidental no ha sido registrada por las fuentes.

Teodosio también reconocía la importancia de este pueblo. Su situación estratégica en la retaguardia de los hunos de Atila podía ser de extrema importancia en el futuro, si se aliaba con el Imperio<sup>564</sup>. Así, Teodosio envió, a los jefes de las tribus, embajadas con regalos y con el mensaje de que debían romper sus relaciones con los hunos de Atila y aliarse con el Imperio. Lamentablemente para el Imperio, el enviado, ignorante de que uno de los jefes de los Acatziros, llamado Curidaco, tenía un rango superior a los demás jefes no le visitó primero, como exigía el protocolo. Curidaco, enfurecido por esta afrenta, llamó a Atila para atacar a los demás jefes, que pensaba le habían quitado su lugar preeminente.

Atila no tardó en mandar refuerzos, y tras varias batallas, sometió a todo el pueblo<sup>565</sup>. Eso es todo lo que sabemos sobre estas luchas. Pero la rápida sumisión de Curidaco hace pensar que quizá hubo ciertas disensiones entre las tribus sobre si era conveniente unirse al cada vez más poderoso imperio huno occidental. Unos, sin duda preferían su independencia mientras otros veían la posibilidad de mayores botines. Y, seguramente, Atila veía en ellos la posibilidad de reforzar sus ejércitos que habían sufrido grandes bajas durante los años anteriores.

Tras esta victoria Atila llamó a Curidaco a su presencia. Pero éste dudaba de las intenciones de Atila y mandó un mensaje que decía, «Es difícil para un hombre mirar a un dios; porque si es imposible mirar directamente al sol, ¿cómo puede uno mirar directamente a uno de los dioses más grandes sin hacer daño a los ojos?» Atila aceptó el cumplido y en recompensa, permitió a Curidaco permanecer a la cabeza de su propia tribu y puso a su propio hijo mayor, Ellac, para gobernar sobre las demás tribus<sup>566</sup>. De esa manera los acatziros se mantuvieron semi-independientes, no dependían directamente de Atila, pero éste siempre tendría el respaldo de este pueblo a través de su hijo y el agradecido Curidaco. A su vez, el Imperio vio frustrado su intento de conseguir un aliado a las espaldas de Atila.

Es a partir del año 448 cuando se comienza a notar un cierto enfriamiento de las relaciones entre Aecio y los hunos. Atila empieza a dar a sus discursos un tono amenazador contra el Occidente y además protege al jefe de los bagaudas, Eudoxio.

## PRISCO

Casi todo lo que acontece hasta la muerte de Teodosio II nos es conocido por el testimonio de Prisco, un testigo de excepción de los acontecimientos durante esta embajada y el único que nos ha dado una «historia» de este período. Pero su obra no ha llegado intacta sino en fragmentos y presenta algunas dificultades para los historiadores modernos. En su obra, los términos técnicos, cronologías y cifras se evitan según la moda literaria de la época, igual que su uso del término Escita cuando se refiere a los hunos. Este era el nombre dado a todos los nómadas en general. No todos los escitas eran hunos.

Natural de Panio, *Rhetor et Historike*<sup>567</sup>, en Tracia fue la fuente principal sobre los hunos para los autores antiguos y, a pesar de que la mayor parte de su obra se ha perdido, para los

---

564 PRISCO, p. 298.30. Citamos según la edición de DINDORF, L., *Historici Graeci Minores*, vol. I Leipzig 1870.

565 PRISCO, p. 299.6.

566 JORDANES, *Getica*, i.262, Chron.Min., p. 135: Donde el autor dice que el hijo de Atila se llamaba *Ellac*.

567 EVAGRIO, *HE*, I, 17; SUIDAS, s.v.; Pauly's Realencyclopädie der Classischen Allertumswissenschaft, XXIII, I, p. 9 (35).

historiadores posteriores. Su historia comienza en el año 434, cuando Atila y Bleda aparecen como los nuevos jefes de los hunos. El historiador godo Jordanes le cita como fuente con frecuencia y, aunque a veces no le cita, los años 430 a 474 de su *Getica*, quizá los más vívidamente descritos, parecen estar basados, o copiados directamente, de la *Historia Bizantina* de Prisco. Mommsen dice que Jordanes no dice más de Atila de lo que se puede encontrar en Prisco.

No sabemos nada de este historiador antes de su viaje con la embajada de Maximino a la corte de Atila<sup>568</sup>. Se supone que ocupó un cargo de cierta importancia en el gobierno y que entabló amistad con su superior Maximino. W. Ensslin piensa que quizá Prisco trabajaba en uno de los *scrinia* bajo el mando del *Magister Officiorum*<sup>569</sup>. Lo que parece respaldar esta hipótesis, de que ostentó un cargo de alguna relevancia y que tuvo acceso a los documentos oficiales, es el gran número de detalles que narra sobre los tratados entre los hunos y el imperio.

Thompson<sup>570</sup> recuerda que en el imperio tardío era la práctica el incluir en las embajadas un filósofo o sofista, oradores elocuentes, y que probablemente Prisco fue invitado a tomar parte en ésta porque ya había alcanzado cierta fama como orador en la escuela sofista. Su famoso discurso en réplica a las quejas del mercader de *Viminacium* que estuvo viviendo en el pueblo de Atila ha sido descrito por Hodgkin (p. 79) así: «Es fácil de ver que Prisco creía que estaba hablando tan sabiamente como Sócrates, cuyo estilo evidentemente estaba imitando; pero su respuesta tiene el fallo tan común entre los retóricos y los diplomáticos — de estar situado en el aire y no tener ninguna relación con los hechos reales.» Es evidente que Prisco estaba contento con el *status quo* del Imperio. Pero al mismo tiempo hay que dar crédito a Prisco porque anota las quejas de este individuo. Es una de las pocas veces que se oye la voz de alguien que no pertenece a las clases altas, y que no sea un lamento general.

A pesar del gran valor de su obra, Prisco<sup>571</sup>, como todos los demás historiadores antiguos, ha sido duramente criticado. Se tiende a ignorar que su *Historia Bizantina*, fue más bien un esfuerzo literario que seguía las normas literarias de su época y no la historia de una época como nosotros la entendemos<sup>572</sup>. Los principales fallos en su obra son las imprecisas descripciones geográficas, la ausencia de información militar o estratégica (quizá porque no tenía interés o conocimientos en esos campos), una falta de traducciones precisas de los títulos y cargos, y un prejuicio patriótico sobre la superioridad de todo lo romano y hacia el emperador Marciano.

Parece que tuvo poco interés en los acontecimientos políticos en el Imperio occidental y su historia tiende a limitarse al área fronteriza del Imperio oriental.

Uno de los grandes problemas con que se enfrentó era la falta de información sobre los orígenes de los hunos. Pero Prisco evitó este impedimento como todos los demás escritores de «calidad» de su época, copiando a menudo frases de los autores clásicos (*Flosculi*), cuando sus informadores le fallaban. Sus principales fuentes eran Heródoto, Tucídides, Dexipo y Eunapio. Un ejemplo muy claro es el fragmento Ib estudiado por E. Thompson (p. 92 a 94), donde Prisco describe el ataque de Naisus por los hunos utilizando los mismos términos para

---

568 GIBBON, E., *op.cit.*, XXXIV, nº4, p. 204: dice «Prisco era natural de Panio en Tracia, y merecía por su elocuencia un distinguido puesto entre los sofistas de aquella época. A pesar de la favorable opinión de los críticos, me parece que Prisco era pagano».

569 Ver ENSSLIN, W., «Maximinus und sein Begleiter», p. 8, para un estudio sobre la carrera de Prisco.

570 *Attila and the Huns*, p. 103.

571 BURY le describe como el más grande de los historiadores de su época, *Later Roman Empire*, I, p. 418.

572 THOMPSON, E., «Priscus of Panium, Fragment IB», pp. 92-94.

describir las técnicas, hechos y maquinaria que Tucídides usó para el asedio de Platea en el 431-429 a.C.

También, el frecuente uso del término Βασίλαιοι Εκύθαιοι, probablemente tomado de Herodoto, llevó a muchos historiadores a creer que eran solamente las familias reales de los hunos quienes sometieron a los godos. Sin embargo Prisco nunca utiliza este nombre para el pueblo huno sino cuando se refiere a Atila, Bleda y su corte. Otro problema es su uso de los términos «escita» y «hunos». Bury (p. 223) dice que Prisco utiliza el nombre escita cuando se refiere a los pueblos nómadas en general y el de hunos cuando se refería a este pueblo en particular. Así, los hunos eran escitas pero no todos los escitas eran hunos. Es interesante notar que años más tarde se aplicará el término «huno» a todos los pueblos nómadas del norte.

Pero, además de sus observaciones personales, la mayor parte de su información procedía de los participantes en los acontecimientos, como Bigilas, el intérprete en la corte de Atila, de los informes oficiales y de los numerosos discursos, panegíricos, poemas y otras Historias. Es muy probable que durante el viaje al campamento de Atila tomara notas casi a diario, debido a la gran riqueza de detalles con que describe los incidentes. Prisco fue muy crítico hacia el emperador Teodosio II y su eunuco Crysafio, considerando su política con los enemigos del imperio demasiado blanda, y su política económica un castigo para la clase alta senatorial. Thompson (p. 196) dice que él, más que un patriota fue un hombre leal— pero leal al *ordo* senatorial, no al Imperio.

## A) EMBAJADA DE EDECO Y ORESTES A CONSTANTINOPLA

En la primavera del 449 llegó a Constantinopla una embajada de Atila, encabezada por el huno, Edeco, uno de los hombres más poderosos en la corte de Atila, y jefe de parte del ejército. Le acompañó un tal Orestes, un romano de Pannonia, que era el secretario de Atila. Los hijos de estos dos hombres iban a jugar un papel espectacular en la historia de Europa. Orestes tuvo un hijo que se llamó Rómulo, por su suegro, y que sería el último Emperador del Imperio Romano Occidental<sup>573</sup>. Y el hombre que le derrotó y que sería el primer rey bárbaro de Italia, Odoacro, era el hijo de Edeco.

Edeco entregó una carta de Atila y dio unas explicaciones verbales de las exigencias. En esta carta Atila acusaba a los romanos de no devolver los fugitivos y de retrasar la evacuación de la zona desmilitarizada al sur del Danubio. Si estos puntos, acordados en el tratado del 448, no eran cumplidos, amenazaba con atacar de nuevo al Imperio. Además, ordenaba al Imperio enviar embajadas para discutir otros asuntos pendientes, insistiendo en que los emisarios no debían ser oficiales menores sino ex-cónsules con altos cargos. Al final, prometía que si enviaban tales hombres, él mismo iría a Sardica (Sofía) para recibirles.

La existencia de esta carta y el hecho de que tuviera que ser traducida por Bigilas, el intérprete de la corte imperial, parece demostrar que los hunos habían alcanzado ya la escritura ya que no estaba redactada en latín. Bigilas (también escrito Vigilas por algunos autores), había participado en las negociaciones de paz del 448, y era uno de los dos hombres que Prisco menciona que podían hablar y traducir la lengua hunna. Su nombre parece ser godo porque Jordanes<sup>574</sup> menciona a un jefe godo con ese nombre. El papel de los intérpretes era de mayor

---

573 PRISCO, p. 301.32 y 302.5: *Romulus Augustulus*.

574 *Romana*, 366.21: (...) *Bigelemque Getarum regem*.

importancia pero parece que eran tratados con desprecio por los romanos<sup>575</sup>. Y ese desprecio pudo ser la causa del carácter agresivo y falta de tacto de Bigilas que se verá más adelante.

Después de entregar la carta a Teodosio, Edeco fue llevado al palacio del eunuco Crisafio, el hombre más importante del imperio, ocupando el cargo de *spatharius* y *primicerius sacri cubiculi* desde la caída en desgracia de Ciro hacia el 444.

Los acontecimientos siguientes los cuenta Prisco, probablemente utilizando a Bigilas como fuente:

«Cuando el huno expresó, a través de Bigilas, su admiración por la magnificencia de su residencia Crisafio contestó que él también podría ser así de rico y poseer grandes palacios con techos dorados, si dejaba a los escitas y se ponía al servicio de los romanos. Prisco dice que Edeco respondió ingenuamente, que él no podía hacer eso sin pedir el permiso de Atila».

Esta respuesta, a nuestro ver, tenía más de irónico que de ingenuo porque una de las principales demandas de Atila en los últimos tratados había sido la devolución de los tróficos hunos. No parece lógico que pasara por la mente de Edeco el que su rey fuera a darle permiso a él, uno de sus hombres de mayor confianza, para irse tranquilamente a las filas enemigas.

«Crisafio le preguntó si tenía un cargo de importancia en la corte hunica y si tenía acceso a la persona de Atila. Edeco respondió que sí, que pertenecía a la guardia personal del rey. Al oír eso, el eunuco le dijo que si juraba un silencio absoluto, tenía una propuesta muy interesante para él, y le invitó a volver a cenar en el palacio, pero solo, sin Orestes y el resto de sus compañeros».

No necesariamente levantaría sospechas entre los demás que participaban en la embajada que Edeco fuese invitado solo a comer con el hombre más poderoso del imperio, siendo él también el hombre de confianza de Atila. Pero es muy probable que todos esperasen un movimiento no muy limpio por parte del Imperio.

«A la hora de la cena Crisafio le hizo jurar mantener el secreto, y, con Bigilas como intérprete, prometió que la proposición que iba hacer no dañaría al huno sino más bien le traería grandes riquezas. La propuesta fue que si Edeco volvía al norte del Danubio, asesinaba a Atila y conseguía volver a Constantinopla, él viviría una vida tranquila y tendría muchas riquezas para el resto de sus días.

Edeco aceptó la propuesta inmediatamente pero pidió cincuenta libras de oro para asegurar la fidelidad de los jefes hunos que él gobernaba. Crisafio ofreció traerle el dinero inmediatamente, pero Edeco dijo que no. Sería mejor que él volviera primero al campamento huno para informar a Atila sobre los resultados de la embajada, acompañado por Bigilas, y que éste debía oír la respuesta del jefe huno en relación al problema de los fugitivos. El dinero debía ser enviado con otros porque Atila siempre preguntaba la cantidad que los emisarios recibían

---

575 PROCOPIO, *Bellum Gothicum*, VIII. 11,9 y II. 28.42.

en la corte de Constantinopla, y además, sería muy difícil mantener tal cantidad escondida de la vista de Orestes y los otros que le acompañaban.»<sup>576</sup>.

¿Tenía realmente Edeco la intención de traicionar a su rey? Es una pregunta difícil de contestar basándose sólo en el texto de una sola fuente que no estaba presente, pero muchos de los historiadores tienen sus dudas. Primero, Edeco respondió sí a la propuesta casi sin pensarlo dos veces, a pesar de que su misión era la de protestar la no devolución de los tránsfugas hunos por parte del imperio. Y sin duda él sabía cual sería el porvenir de aquellos hunos que desertaban al enemigo. Su castigo hubiera sido ejemplar, por ser uno de los hombres de confianza de Atila. En segundo lugar, pidió cincuenta libras de oro para comprar la fidelidad de los jefes hunos sometidos a él. Seguramente un atentado contra Atila tendría que haber sido llevado a cabo con el mayor secreto. Y además, Edeco quería volver primero y sin el oro, usando la excusa de que no lo podía tener escondido de sus compañeros de viaje. No cabe duda que era muy astuto. Si realmente no estaba dispuesto a traicionar a su jefe era un buen actor y rápido de reflejos, porque sabía engañar a los romanos, expertos en este tipo de intrigas. Los hunos no eran tan «incultos» y habían aprendido mucho de sus vecinos. Además hay otra posibilidad no mencionada: los emisarios hunos podrían haber sido advertidos sobre una propuesta de este tipo.

## B) LA EMBAJADA ENCABEZADA POR MAXIMINO A LA CORTE HUNA EN EL AÑO 449

Sea como fuere, Crisafio, tras la cena con Edeco, fue a reunirse con Teodosio y con Martialis, *Magister officiorum*. Estos, según Prisco, decidieron enviar una embajada a la corte de Atila, en la cual Bigilas, como intérprete, podía pasar inadvertido. Esta sería encabezada por Maximino, un noble distinguido que, con el título de *comes*, estaba en la comisión para redactar el *Código Teodosiano* en el 435, y que estaría ignorante del complot<sup>577</sup>. No se sabe por qué le eligieron para encabezar esta embajada pero Thompson piensa que quizá fuese porque era considerado como un competente, aunque no brillante, funcionario civil, que no perdería su cabeza en una crisis<sup>578</sup>. Oficialmente fue encargado de llevar una carta de Teodosio para Atila diciendo que los hunos no tenían razones para invadir el imperio porque los romanos habían devuelto los últimos diecisiete tránsfugas. Además, verbalmente tendría que discutir con el rey huno sobre sus demandas de que los emisarios romanos a su corte tuvieran que ser *virii illustres*, ya que ésta no era la costumbre.

Aparte de Maximino, Prisco y Bigilas, los demás componentes de la embajada eran Orestes, otros hunos de menor rango que vinieron a Constantinopla acompañando a Edeco, y varios sirvientes. Tras pedir permiso, se unió a ellos un tal Rústico, un nativo de Moesia que había vivido entre los hunos durante varios años como prisionero y ahora tenía que tratar algunos

---

576 PRISCO, DINDORF, L., *Historicé Graeciminores*, Vol. I, Leipzig, 1870, p. 287.12 a 288.31.

577 *C.Th.*, 1.I 6.2: donde es descrito como *spectabilis comes et magister sacrorum scriniorum*.

578 THOMPSON, E., *A History of Atila and the Huns*, p. 103: Gracias a él hoy hay una historia para este período porque, al enterarse de su nombramiento, se puso en contacto con su amigo el historiador Prisco y le invitó a ser parte de esta embajada: PRISCO, p. 290.4. No sabemos nada de Prisco hasta este momento. Puede ser que fuera el consejero no oficial de Maximino o que, como era costumbre en el imperio agregar un filósofo o sofista a las embajadas para facilitar a los embajadores un orador elocuente, se aconsejó a Maximino que lo invitara.

asuntos con uno de los secretarios romanos de Atila. El y Bigilas eran los únicos romanos en la comitiva que entendían la lengua hunna<sup>579</sup>.

Esta embajada se puso en marcha hacia territorio hunno en el verano del 449, llevando consigo animales de carga con regalos para los hunnos y comida para ellos mismos. Los embajadores romanos llevaban su propio aprovisionamiento para no depender de los proporcionados por los territorios que cruzaran.

Esta es la historia de esta embajada según Prisco<sup>580</sup>:

## 1. El viaje: discordias entre los romanos y los hunnos

«Salimos con los bárbaros y llegamos a Sárdica, que está a 13 días de camino desde Constantinopla para un viajero rápido. Estacionados allí, consideramos aconsejable invitar a comer a Edeco y los bárbaros que le acompañaban. Los indígenas del país nos vendieron ovejas y bueyes, que matamos, y preparamos la comida. Durante el festín, como los bárbaros alababan a Atila y nosotros al Emperador, Bigilas dijo que no estaba bien comparar un hombre con un dios, refiriéndose a Atila como el hombre y a Teodosio como dios»<sup>581</sup>.

Este comentario nada diplomático, muestra una vez más el rencor que sentía Bigilas hacia los bárbaros, o la superioridad que sentía como romano. Hodgkin piensa que se debía a que había bebido demasiado<sup>582</sup>. Sea como fuere, puso en una situación nada fácil a Maximino.

«Los Hunnos se enfadaron con este comentario, pero llevamos la conversación en otra dirección y suavizamos los sentimientos heridos; y después de la comida, cuando nos separamos, Maximino obsequió a Edeco y Orestes con ropa de seda y gemas indias. Después de recibir los regalos, Orestes esperó a que se fuera Edeco, y entonces se acercó al embajador, para rendirle tributo por su astucia. Le dijo que él no había cometido el mismo error que otros oficiales imperiales, invitando sólo a Edeco a cenar y luego dándole costosos regalos. Maximino se quedó perplejo por estas palabras y le preguntó por qué él se consideraba menospreciado y que Edeco había recibido un tratamiento mejor. Orestes no contestó sino que se dio la vuelta y se marchó. Maximino y Prisco comentaron el incidente pero no llegaron a ninguna conclusión. Y al día siguiente después de ponerse la comitiva en marcha otra vez, le mencionaron a Bigilas lo que había dicho Orestes la noche anterior. Este dijo que Orestes no tenía razón en sentirse ofendido porque el no era más que un secretario y sirviente de Atila mientras Edeco era un hunno y uno de sus más grandes guerreros. Después de decir esto Bigilas se fue al lado de Edeco que estaba cabalgando más allá de los demás, y habló con él durante unos momentos. Luego volvió al embajador diciendo que le

---

579 PRISCO, p. 288. 5 a p. 318.26.

580 PRISCO, pp. 290 a 327.

581 PRISCO, p. 290.5.

582 *The Bazar of Heraclides*, p. 366.

había dicho a Edeco las palabras de Orestes y éste se había enfadado tanto que le costó mucho calmarle»<sup>583</sup>.

Prisco creyó que Edeco había revelado el secreto porque nunca consideró seriamente asesinar al rey huno o porque temía que Orestes contara a Atila su cena en solitario con Crisafio. ¿No sospechaba Bigilas que Edeco podía haber comentado el intento de soborno hecho por Crisafio a su compatriota, o por lo menos que Orestes sospechaba algo? No parece muy astuto<sup>584</sup>.

«Cuando llegamos a Naissus encontramos la ciudad desierta, como si hubiese sido saqueada; sólo unos pocos enfermos yacían en las iglesias. Acampábamos a una corta distancia del río, en un espacio abierto, ya que todo el terreno cercano estaba lleno de huesos de hombres muertos en guerra»<sup>585</sup>.

Esta ciudad era el lugar del nacimiento de Constantino y había sido enriquecida por él con grandes edificios como era la costumbre. Naissus había sido capturada seis años antes por los hunos y todavía no había comenzado su reconstrucción.

## 2. El viaje desde Naissus hasta el campamento de Atila

«Al día siguiente fuimos a la estancia de Agintio, el comandante en jefe de las tropas de Iliria, quien estaba establecido no lejos de Naissus, para anunciarle las órdenes imperiales y recibir cinco de los 17 desertores acerca de los cuales había escrito Atila al Emperador. Tuvimos una entrevista con él y después de hablar a los desertores con amabilidad nos los confió.

Al día siguiente proseguimos desde la región de Naissus hacia el Danubio; entramos en un valle muy poblado de vegetación y con caminos muy tortuosos. Pensábamos estar viajando hacia el oeste pero cuando amaneció vimos el sol de frente; y alguno de nosotros, poco familiar con la topografía, gritamos que el sol iba en dirección equivocada, por lo que ocurrirían cosas raras. El hecho era que parte del camino iba hacia el oeste debido a la irregularidad del terreno<sup>586</sup>. Pasados estos sitios agrestes, llegamos a un terreno plano pero también con mucha arboleda.

En el río fuimos recibidos por barqueros bárbaros que nos transportaron a través del río en barcos hechos de un sólo tronco de árbol tallado. Estas embarcaciones no habían sido hechas para nosotros sino para transportar una compañía de hunos; pues Atila simuló que deseaba cazar en territorio romano, pero su intención era realmente hostil porque todos los desertores no le habían sido entregados. Habiendo cruzado el Danubio, seguimos la marcha con los bárbaros alrededor de 70 estadios más, hasta que nos vimos obligados a esperar en cierta

---

583 PRISCO, p. 290.5 a 291.9.

584 PRISCO, p. 294.9-16.

585 PRISCO, p. 291.9-15.

586 No parece que la mayoría de los componentes de la comitiva romana estuviesen acostumbrados a viajar por terrenos montañosos.



planicie para que Edeco y su gente se adelantasen e informasen a Atila de nuestra llegada.

Cuando estábamos cenando oímos el ruido de caballos aproximándose y llegaron dos escitas con dirección que nosotros pensábamos llevaría a dónde estaba Atila. Les pedimos primero que comieran con nosotros y ellos bajaron del caballo y se animaron. Al día siguiente, orientados por ellos, llegamos a las tiendas de Atila, que eran muy numerosas, alrededor de las tres de la tarde y cuando quisimos poner nuestra tienda en una colina, los bárbaros que nos vieron nos advirtieron que no lo podíamos hacer puesto que la tienda de Atila estaba en terreno bajo, así que nos establecimos dónde indicaron los escitas.»

«Pero cuando empezaron a descargar los animales y antes de poner las tiendas llegaron Edeco, Orestes, Scota y otros altos mandos de Atila, y preguntaron qué pensaban los romanos conseguir con su embajada. Los romanos estaban sorprendidos por la pregunta tan poco amistosa y se miraron uno al otro en silencio. Los hunos se enfadaron y preguntaron otra vez con más insistencia. Maximino dijo que Teodosio le había ordenado entregar su mensaje sólo a Atila. Scota respondió que el mismo Atila les había encargado preguntarles la razón de su misión porque si no ellos no se hubieran molestado en venir. Maximino contestó que esa no era manera de tratar a un enviado del emperador y que ningún embajador entregaba su mensaje si no se podía entrevistar con quien tenía que negociar. Además, los hunos debían saber eso porque ellos habían enviado muchas embajadas al emperador y conocían de sobra las normas diplomáticas. El insistió en que debían tratarle de igual manera y que bajo ningún pretexto entregaría su mensaje a nadie más que a Atila. Los hunos montaron de nuevo y volvieron con su jefe»<sup>587</sup>.

### 3. Una entrevista con Atila que exige la entrega de los prisioneros hunos

«Volvieron pronto sin Edeco, y, sorprendentemente, recitaron las instrucciones exactas que había recibido Maximino y el contenido de la carta de Teodosio y nos ordenaron volver al territorio romano, si no teníamos otra cosa que añadir. Por lo que, de mala gana, empezamos a preparar el retorno. Bigilas dijo a Maximino que no debía haber hablado así a los hunos y que hubiera sido mejor decirles una mentira que volver a la corte sin conseguir su cometido. Si tuviese la oportunidad de hablar con Atila yo podría convencerle de abandonar la disputa con los romanos porque llegué a hacerme amigo de él durante las negociaciones para el tratado de Anatolius.»<sup>588</sup>.

«Cuando el equipaje había sido puesto en los animales de carga y estaban preparados para salir de noche, vinieron dos mensajeros de Atila con un buey y pescado diciéndonos que podíamos quedarnos hasta la mañana. Cuando amaneció esperábamos un mensaje gentil y cortés de los bárbaros pero de nuevo nos dijeron

---

587 PRISCO, p. 291.15 a p. 293.13.

588 PRISCO, p. 293.13 a 294.1.

que nos fuéramos si no teníamos más que decir. No contestamos y nos preparamos para salir aunque Bigilas insistió en que debíamos fingir que teníamos otros comunicados.

Cuando vi que Maximino estaba muy decepcionado, fui a Scota, uno de los nobles hunos, hermano de Onegesios, llevándome a Rústico quien entendía el lenguaje huno. El había venido con nosotros a Scitia no como un miembro de la embajada sino de negocios con Constancio un italiano a quien Aecio, había enviado a Atila para ser el secretario privado del rey. Informé a Scota, con Rústico como intérprete, que Maximino le daría muchos regalos si le conseguía una entrevista con Atila; y más todavía, que la embajada conduciría no sólo al interés público de los dos poderes sino también al interés de Onegesio pues el Emperador deseaba enviarle como embajador a Bizancio para arreglar las disputas entre los Hunos y los Romanos y que recibiría espléndidos regalos.

Como Onegesio no estaba presente era Scota la persona idónea para ayudarnos, o mejor dicho, ayudar a su hermano, al mismo tiempo que le demostraba que era cierto que su influencia con Atila era igual a la que tenía su hermano. Scota montó en su caballo y cabalgó a la tienda de Atila, mientras yo volví a Maximino y le encontré en un estado de perplejidad y ansiedad, acostado en el césped con Bigilas. Describí mi entrevista con Scota y le dije que se preparara para una audiencia con Atila. Los dos saltaron y aprobaron lo que yo había hecho y volvieron a llamar a los hombres que habían comenzado a cargar a los animales. Cuando estábamos considerando qué decir a Atila y cómo presentar los regalos del Emperador, vino Scota a recogerlos»<sup>589</sup>.

«Entramos en la tienda de Atila que estaba rodeada de una multitud de bárbaros y encontramos a Atila sentado en una silla de madera. Nosotros permanecemos a poca distancia y Maximino avanzó y saludó al bárbaro, a quien dio la carta del Emperador, diciendo que el Emperador rezaba por la seguridad de él y los suyos. El rey respondió, «que ocurra a los romanos lo que ellos desean para mí» e inmediatamente se dirigió a Bigilas llamándole sinvergüenza y preguntando cómo se atrevía a presentarse sin serle entregados todos los desertores. Bigilas contestó que no quedaban refugiados en territorio romano y que todos habían sido entregados.

Furioso, Atila gritó que, de no formar parte de la embajada lo habría hecho empalar y sus restos hubieran servido de pasto a los buitres y cuervos. Y llamó a sus secretarios con las listas de nombres de todos los fugitivos todavía en los territorios romanos. Después, ordenó la vuelta de Bigilas a Constantinopla y envió a Esla con él para negociar la devolución de todos los hunos que habían desertado desde el período en que Carpilio, el hijo de Aecio, había sido rehén entre ellos. No podía permitir que sus esclavos se enrolasen en el ejército romano y lucharan contra él, aunque dudaba que fueran de mucha ayuda si surgía otra vez la guerra, lo cual era muy posible si no llegaban pronto a un acuerdo.

---

589 PRISCO, p. 294.1 a 296.3.

Al despedirse de nosotros, dijo a Maximino que no debía dejar sus dominios hasta que él hubiese recibido respuesta a la carta de Teodosio. Maximino no había dicho nada durante toda la entrevista después de su salutación al principio»<sup>590</sup>.

Maximino no parece haber captado la ironía de la respuesta de Atila a su salutación porque no sabía nada de las intrigas que esta embajada cubría. Sin duda eran momentos muy difíciles para él, poco experimentado en estos trabajos diplomáticos, y sin duda su sinceridad e ignorancia fueron advertidas por Atila.

Lo que no está muy claro es la, aparente, sangre fría de Bigilas. Lo que sí es evidente es que Atila tenía eficaces espías dentro del gobierno oriental, demostrado por su conocimiento del contenido de la carta de Teodosio antes que ésta fuese entregada por Maximino y también por la lista de los nombres de los tráfugas no entregados. Parece que los romanos ni se sorprendieron ni se preocuparon por el hecho de que hubiese informadores pagados por los hunos en Constantinopla y que esos secretos llegasen a la corte enemiga. Y lo que es más sorprendente todavía, es que Bigilas, al ver que Atila podía enterarse de estas cosas, no sospechara que podía estar al mismo tiempo enterado del complot contra su vida.

#### **4. Atila y los romanos se ponen en marcha hacia el norte: los dos grupos se separan y siguen rutas distintas**

«De vuelta en nuestras tiendas, repasamos los últimos acontecimientos. Bigilas dijo que no entendía por qué Atila le había tratado tan mal porque durante las negociaciones del tratado de Anatolio él había estado muy tranquilo y razonable. Yo sugerí que quizás Atila había oído rumores sobre su infortunado comentario durante la cena en Sárdica. Maximino también pensó que esa fuera la posible causa pero Bigilas no estaba muy seguro. Mientras hablábamos, llegó Edeco a nuestra tienda y llamó a Bigilas aparte. Este, pretendiendo haber mantenido el secreto, dijo que cuando volviera de Constantinopla debía traer con él las cincuenta libras de oro aceptadas. Cuando Edeco se fue, Bigilas dijo que Edeco le había contado que él también había recibido una reprimenda de Atila debido al asunto de los tráfugas.

En este momento llegaron unos mensajeros de Atila con órdenes de que no podíamos comprar nada en el territorio huno excepto alimentos hasta que todas las cláusulas de las negociaciones quedaran resueltas y que debíamos esperar en el campamento hasta la vuelta de Onegesio. Este había acompañado al hijo mayor de Atila, Ellac, a instalarse como gobernador sobre los Acatziros, sometidos el año anterior»<sup>591</sup>.

«Después de la marcha de Bigilas al Imperio Romano, teóricamente para encontrar a los desertores, pero en realidad para conseguir el dinero para su

---

590 PRISCO, p. 296.4 a 297.13.

591 PRISCO, p. 297.13 a 298.25; *C.Th.*, VII.1.9: Los embajadores romanos viajaban con animales de carga porque tenían que ser alimentados por su propio gobierno, no por los habitantes de los territorios que atravesaran; PRISCO, p. 295.15: Onegesio era el hermano de Scota y uno de los hombres de mayor importancia en la corte de Atila.

compañero conspirador, Edeco, permanecemos un día en ese lugar y, al día siguiente salimos con Atila hacia las partes septentrionales del país. Acompañamos a los bárbaros durante cierto tiempo pero cuando llegamos a cierto lugar, guiados por los hunos que nos conducían, tomamos otra ruta porque Atila se dirigía hacia un pueblo, donde pensaba casarse con la hija de un tal Eskam. Ya tenía muchas otras esposas, pues los escitas son polígamos.

Proseguimos a lo largo de un camino llano y encontramos ríos navegables. Los ríos más grandes después del Danubio, el Drecon, Tigas (o Tetas) y Tifesa<sup>592</sup> los cruzamos en los *monoxiles*, barcos hechos de una pieza usados por los habitantes de las riberas: los ríos más pequeños los cruzamos en balsas que los bárbaros llevaban con ellos con el propósito de cruzar las zonas pantanosas. En los pueblos nos proveímos de alimentos, mijo en lugar de maíz y cerveza en lugar de vino. Los ayudantes que nos seguían recibieron mijo y una bebida hecha de cebada que los bárbaros llamaban *Kam*<sup>593</sup>.

## 5. Los romanos acampan al lado de un lago donde son sorprendidos por una gran tormenta

«A la caída de la tarde, habiendo viajado mucho, pusimos nuestras tiendas a la orilla de un lago de agua fresca que usaban los indígenas de un pueblo cercano. Pero tuvimos una tormenta con viento, truenos y relámpagos y lluvia intensa que casi derribó nuestras tiendas. Todos nuestros utensilios rodaron dentro de las aguas del lago. Aterrorizados por el percance y los cambios atmosféricos abandonamos el lugar y nos perdimos unos de otros en la oscuridad y la lluvia, siguiendo cada uno el camino que parecía más fácil. Pero todos llegamos al pueblo aunque por caminos diferentes y nos apresuramos a conseguir lo que nos faltaba. Los escitas del pueblo salieron de sus cabañas por el ruido, y, encendiendo las cañas que ellos usaban para iniciar fuegos, nos preguntaban qué queríamos. Nuestros guías respondieron que la tormenta nos había desarmado; entonces nos invitaron a sus cabañas y nos proporcionaron calor encendiendo hogueras de cañas. La señora que gobernaba el pueblo, había sido una de las esposas de Bleda, nos envió provisiones y chicas bonitas para consolarnos (esta es una costumbre escita). Invitamos a las jóvenes a compartir nuestra cena pero declinamos tomar otras ventajas de su presencia»<sup>594</sup>.

«Permanecemos en la cabaña hasta el amanecer, entonces nos fuimos a buscar nuestros utensilios perdidos y encontramos parte dónde habíamos puesto la tienda, parte en la orilla, y parte en el agua. Pasamos el día en el pueblo secando

---

592 Esta es la única pista en las fuentes sobre la localización del pueblo permanente de Atila. Prisco dice que llagaron a él cruzando los ríos Δρήκων, Τίγας y el Τιφήσας. GÜLLDENPENNING, (p. 359, nº 107), DICULESCU (p. 86), y FLUSS (P.-W., VI, 1469) mantienen, pero sin dar razones, que los emisarios no cruzaron el río Theiss y que el pueblo estaba en las estepas al norte de Kőrös. Τίγας puede ser un error del copista. MÜLLENHOFF, MELICH y TOMASCHEK piensan que era el río Τίσας. Si éste es el caso el Τιφήσας estaría, según THOMPSON (*Attila and the Huns*, p. 222) más al oeste.

593 PRISCO, p. 299.18-30.

594 PRISCO, pp. 299.32 a 301.29.

nuestras cosas; pues había cesado la tormenta y brillaba el sol. Después de arreglar nuestros caballos y ganado, dirigimos nuestros pasos hacia la princesa, a quien presentamos nuestros respetos y entregamos regalos en pago de su amabilidad. Los regalos consistían en cosas que estiman los bárbaros pues no se producen en su país— que son tres copas de plata, pieles rojas, pimienta procedente de la India, dátiles y otras delicadezas que son apreciadas por los hunos.

Habiendo avanzado durante siete días más, paramos en un pueblo; puesto que el resto de la ruta era la misma para nosotros que para Atila nos vimos obligados a esperar para que él pudiera ir delante. Aquí encontramos algunos romanos occidentales que también venían con una embajada a la corte de Atila. Estos eran el *comes* Rómulo, el suegro de Orestes, Promoto, gobernador de la provincia de Noricum<sup>595</sup> y Romano, un oficial del ejército. Con ellos estaba Constancio a quien Aecio envió a Atila para ser su secretario, y Tatulo, el padre de Orestes; estos dos últimos no eran parte de la embajada sino amigos de los embajadores. Constancio les había conocido hacía tiempo en Italia»<sup>596</sup>.

«El objeto de su embajada era ablandar el corazón de Atila que demandaba la entrega de un tal Silvano, traficante de plata en Roma, porque había recibido ciertos vasos de oro de un tal Constancio; este Constancio, nativo de Galia, había precedido a su tocayo en el oficio de secretario de Atila. Cuando *Sirmium* en Pannonia fue sitiado (en 441) por los escitas, el obispo del lugar confió los vasos a Constancio, para que si la ciudad era tomada pagar su rescate y si él moría, el rescate de los ciudadanos que fueran hechos cautivos. Cuando la ciudad fue esclavizada Constancio violó su compromiso y como estaba en Roma por negocios, dejó en prenda los vasos a Silvano por una suma de dinero bajo la condición de que si la devolvía en un período de tiempo, los recobraría, pero si no pasarían a ser propiedad de Silvano.

Constancio, sospechoso de traición, fue crucificado por Atila y Bleda; y después cuando Atila conoció el destino de los vasos pidió que le entregaran a Silvano basándose en que le había robado su propiedad. Por esto, Aecio y el Emperador de los Romanos occidentales enviaron embajadores para explicar que Silvano era un acreedor de Constancio, que los vasos habían sido hipotecados y no robados y que los había vendido a sacerdotes y otros para prácticas sagradas.

---

595 EUGIPIO, *Vita S. Severini*: Cuando Eugipio escribe su libro hacia el año 454, no quedaba restos de la administración civil imperial en la provincia de *Noricum Ripense* y sólo fragmentos del ejército. El dice que en el pueblo de *Comagenis* vivía sólo un grupo de bárbaros, debido a un «tratado». Eran *foederati* contratados por los romani, o *habitatores oppidi* (los ciudadanos de *Comagenis*). Por eso se puede deducir que el *Noricum Ripense* no era ya parte del Imperio. Cada pueblo tenía que defenderse como podía. La identidad de los *foederati* es desconocida. Los *Rugi* vivían al otro lado del río y quizá los *foederati* estaban para defender el pueblo contra ellos. No se sabe la fecha en que desapareció el dominio Imperial. Aecio tuvo que suprimir una rebelión allí en el 430/31 y se supone que el poder de los emperadores desapareció poco después. Prisco, en el campamento de Atila, en el 449, conoció a Promoto, que él describe como gobernador (*archon* de *Noricum*) pero sin decir si el *Ripense* o el *Mediterraneum*.

596 PRISCO, p. 299.23 a 302.6.

Si, a pesar de todo Atila se resistía a desistir de su demanda, el emperador le enviaría el valor de los vasos pero no entregaría al inocente Silvano»<sup>597</sup>.

## 6. El pueblo de Atila

«Habiendo esperado un tiempo hasta que Atila nos adelantase, proseguimos y, habiendo cruzado algunos ríos llegamos a un pueblo grande situado en medio de una gran llanura. No había árboles ni grandes piedras para entorpecer las maniobras de la caballería, ni podíamos ser atacados por sorpresa<sup>598</sup>. Dentro del pueblo la casa de Atila se decía ser más espléndida que sus residencias en otros lugares. Estaba hecha de tablas pulidas sobre una pequeña colina y rodeada de una cerca de madera diseñada, no para la protección, sino para su apariencia.

La casa de Onegesio era la segunda en esplendor, también estaba rodeada de una cerca de madera pero no adornada con torres como la del rey. No lejos de la cerca había un baño grande que construyó Onegesio, que era el segundo en poder entre los escitas. Para la construcción de este baño habían transportado piedras desde Pannonia pues los bárbaros de este distrito no tenían piedras ni árboles sino que utilizaban materiales importados. El constructor de este baño fue un cautivo de *Sirmium* que esperaba ganar su libertad como pago por hacer el baño; pero sufrió una decepción y tuvo más problemas que la mera cautividad ente los escitas pues Onegesio le nombró «cuidador del baño» y tenía que servirle a él, a su familia y amigos cuando se bañaban.

Cuando Atila entró en el pueblo fue recibido por varias filas de muchachas cantando canciones escitas y que avanzaban en filas bajo delgados palios de lino blanco sostenidos por las mujeres en los extremos. Estos palios eran tan grandes que bajo ellos andaban siete o más chicas. Cuando llegó el cortejo cerca de la casa de Onegesio, que estaba en el camino hacia su propia casa, la esposa de éste apareció en la puerta con un gran número de sirvientes llevando carne y vino, le saludó y rogó que le aceptara su hospitalidad. Este es el más alto honor que se puede mostrar entre los escitas. Para complacer a la esposa de su amigo comió, aunque sentado en su caballo, los sirvientes elevaron las bandejas a la altura de su

---

597 PRISCO, p. 302.7 a 303.9.

598 GIBBON, *op.cit.*, XXX, XXXIV, p. 205, nota del ed.: «Es digno de notar en las tradiciones húngaras recopiladas por Thwroc, 1.2, c.17, que precisamente en el brazo izquierdo del Danubio, en donde estaba acampado Atila, en la misma paralela está la actual ciudad de Buda, en húngaro Buduvur. Por esta razón la ciudad conservó por mucho tiempo entre los germanos de Hungría el nombre de *Etzelnburgo* o *Etzela-burgo*, esto es, la ciudad de Atila. La distancia de Buda desde el punto en que Prisco cruzó el Danubio, en su viaje de Naiso, es igual a la que tuvo que andar para llegar a la residencia del rey de los hunos. No veo fundados motivos para no dar crédito a la relación de los historiadores húngaros. San Martin, VI, 191, en *La Gesta Hungarorum (Scriptores Rerum Hungaricarum)*, escrita por un autor anónimo hacia el año 1210, cuenta que tras su llegada a Pannonia, Atila hizo construir su sede real, renovando edificios viejos y construyendo una muralla alrededor del recinto. Este lugar actualmente lleva el nombre Budavár (*Buduuar*), pero en la antigüedad se llamaba Ecilburg (*Ecilburgu*). Otra fuente es la *Gesta De Simon Kézai*, escrita entre el 1282 y el 1285. En ella se cuenta cómo Atila ordenó que se cambiara el nombre del pueblo de su hermano, *Obuda*, al de *Ecyburg* (es decir, la ciudad de Atila). Sin embargo, algunos de los hunos no hacen caso a las órdenes, y por eso, según Simon Kézai, al final del siglo XIII todavía se usaban los dos nombres». Ver KRISTO, GY., «Toponomastica Unna ed Avara in Ungheria», pp. 273-278, para un estudio más completo sobre los posibles topónimos hunos en Hungría.

silla; y habiendo probado el vino se marchó a su palacio que era más alto que las otras casas y construido en un sitio elevado»<sup>599</sup>.

«Pero nosotros permanecemos en la casa de Onegesio invitados por él, que había vuelto de su expedición con el hijo de Atila. Su esposa y familiares nos acompañaron en la cena ya que él no tenía tiempo libre pues tenía que contar a Atila el resultado de su expedición y explicar el accidente del joven príncipe que se había resbalado y roto su brazo derecho. Después de cenar dejamos la casa de Onegesio y establecimos nuestras tiendas más cerca del palacio para que Maximino pudiera estar a una distancia conveniente para visitar a Atila o mantener conversaciones con los de su corte.

Al amanecer del día siguiente Maximino me envió a la casa de Onegesio, con regalos de parte de él mismo y los que el Emperador había enviado y también tenía que averiguar si él tendría una entrevista con Maximino y a qué hora. Cuando llegué a la casa con los ayudantes que llevaban los regalos encontré las puertas cerradas y tuve que esperar a que saliese alguien para anunciar nuestra llegada»<sup>600</sup>.

## 7. Prisco habla con un mercader romano que vivía entre los hunos

«Mientras esperaba, caminando hacia arriba y hacia abajo en frente de la cerca que rodeaba la casa, un hombre a quien por su vestido de Escita yo tomé por un bárbaro, vino y me saludó en griego. Me sorprendió que un escita hablara griego porque los hunos, reunidos de tierras diversas hablan además de sus propias lenguas bárbaras húnicas o góticas y, como muchos tienen tratos comerciales con los romanos occidentales, latín. Pero ninguno de ellos habla fácilmente el griego, excepto los cautivos de las costas de Tracia o Ilíria, y estos son fácilmente conocidos por cualquier extranjero por sus ropas rotas y la suciedad de sus cabezas, como hombres que se han encontrado con una desgracia. Por el contrario, este hombre parecía un escita de buena posición, iba bien vestido y tenía su cabello cortado en círculo según las costumbres escitas.

Después de devolverle su saludo le pregunté quien era y cuando había venido a esta tierra extranjera y adoptado la vida escita. Cuando me preguntó por qué quería saberlo le dije que su lenguaje helénico había movido mi curiosidad. Entonces sonrió y me dijo que había nacido griego<sup>601</sup> y había ido como mercader a Viminaciun, en el Danubio, donde estuvo mucho tiempo y se casó con una mujer muy rica. Pero la ciudad cayó presa de los bárbaros y, como fuese rico, fue asignado a Onegesio cuando se repartió el botín, ya que era costumbre entre los escitas que los jefes se reservaran para sí los prisioneros ricos. Luchó bravamente contra los romanos y los Acatziros y entregó el botín que consiguió a su dueño y

---

599 PRISCO, pp. 303.12 a 305.3.

600 PRISCO, p. 305.4-19.

601 Que había nacido en la misma Grecia: τότε δὴ γελάσας ἔλεγε Γραικὸς μὲν εἶναι τὸ γένος: PRISCO, p. 305.32.

así obtuvo su libertad. Entonces se casó con una mujer bárbara, tuvo hijos y el privilegio de comer en la mesa de Onegesio.

Este consideraba su nueva vida entre los Escitas mejor que la anterior entre los romanos y daba las siguientes razones. 'Después de la guerra los hunos viven sin actividad disfrutando de lo que lograron, sin ninguna, o muy pocas, ocupaciones. Los romanos, al contrario, en primer lugar, mueren en la guerra puesto que tienen que poner su seguridad y esperanzas en otros y no están permitidos, debido a sus tiranos, usar armas. Y aquellos que las usan son heridos por la cobardía de sus generales que no saben conducir la guerra. Pero las condiciones de los individuos en tiempo de paz son mucho más agravante que los demonios de la guerra debido a los impuestos muy severos y hombres sin principios que pueden injuriar a otros ya que las leyes son prácticamente inútiles en contra de ciertas clases. Un transgresor que pertenezca a la clase rica no es castigado por la justicia mientras un hombre pobre, que no entiende de negocios, recibe la pena legal si no abandona la vida antes del juicio, tanto es el retraso de los juicios y tanto el dinero gastado en ellos. El colmo de la miseria es tener que pagar en orden a obtener justicia. Pues nadie dará una sala de juicio al hombre injuriado al menos que pague una suma de dinero al juez y a sus oficiales'»<sup>602</sup>.

En contestación a este ataque al Imperio le pedí que fuese suficientemente bueno para escuchar con paciencia el otro lado de la cuestión. 'Los creadores de la República Romana, que eran sabios y buenos, en orden a prevenir que las cosas se hiciesen de forma azarosa, hicieron una clase de hombres guardianes de las leyes, y dedicaron otra clase a la profesión de las armas, que tendrían no otro objeto que estar siempre listos para la batalla, e ir adelante a la guerra sin miedo, como su profesión normal, habiendo en la práctica consumido todo su miedo de antemano. Otros fueron destinados al cultivo de la tierra para soportar a ambos, ellos mismos y aquéllos que luchaban en su defensa mediante contribución de maíz para los militares. A aquéllos que protegen los intereses de los litigantes se paga una suma de dinero por éstos, así como se pagaban por los granjeros a los soldados. ¿No está bien soportar a quien te asiste y ayuda por su amabilidad? Alimentar al caballo beneficia al jinete. Aquéllos que gastan dinero en un juicio y lo pierden no pueden culpar sino a la injusticia de su caso. En cuanto al largo tiempo que se gasta en los juicios es debido a la preocupación de la justicia de que los jueces no se equivoquen al dar sentencia inmediatamente. Es mejor que reflexionen y terminen el caso más tardíamente, que, por juzgar deprisa, dañen al hombre y transgredan contra Dios como el instituidor de justicia. Los Romanos tratan a sus sirvientes mejor que el rey huno a sus súbditos. Les tratan como haría un padre, o maestro, advirtiéndoles que se abstengan de lo malo y sigan las líneas de conducta que han estimado honorables. Les corrigen sus errores como a sus propios hijos. No está permitido como a los hunos, matarles. Tienen numerosas formas de conferir libertad; pueden liberarles no sólo durante la vida sino también en sus testamentos y los deseos testamentarios de un romano respecto a su

---

602 PRISCO, pp. 305.12 a 307.6.



propiedad son ley'. Mi interlocutor rompió a llorar y confesó que las leyes y la Constitución de los romanos eran buenas, pero deploró que los gobernadores, no poseídos del espíritu de las primeras generaciones, estaban aruinando el Estado»<sup>603</sup>.

«Y, mientras estábamos en esta discusión salió un sirviente y abrió la puerta de la cerca. Yo me aproximé y pregunté si Onegesio estaba ocupado pues deseaba darle un mensaje del Embajador Romano. El sirviente contestó que le encontraría si esperaba un poco ya que estaba a punto de salir. Después de un corto tiempo le vi salir y me dirigí a él diciendo: 'El embajador romano le saluda y yo he venido con sus regalos y el oro que el Emperador te envía. El embajador está ansioso de encontrarte y ruega decidas el tiempo y el lugar». Onegesio ordenó a sus sirvientes recoger el oro y los regalos y anunció que iría a ver a Maximino inmediatamente. Yo llevé el mensaje, y Onegesio apareció en la tienda sin retraso. Este expresó sus gracias a Maximino y al Emperador por los regalos y preguntó qué quería. Maximino dijo que había llegado el tiempo en que Onegesio tuviese una mayor fama entre los hombres. Si fuese al Emperador y, con su sabiduría, arreglase las cosas entre los romanos y los hunos, establecería la concordia entre ellos. Y ello le procuraría muchas ventajas para su propia familia puesto que él y sus hijos serían siempre amigos del Emperador y de la familia imperial. Onegesio preguntó qué medidas gratificarían al Emperador y como podía él arreglar las disputas. 'Si cruzas a las tierras del Imperio romano, el emperador quedaría obligado contigo, y tú podras arreglar las cosas investigando las causas de los problemas y decidiendo las medidas a tomar para establecer la paz'. Onegesio dijo que él informaría al Emperador y a sus ministros de los deseos de Atila, pero que los romanos no pueden pensar que podrían convencerle para traicionar a su jefe ni olvidar su formación hunica, ni a su mujer e hijos. Era mejor ser un esclavo con Atila que rico entre los romanos. Añadió que él sería de más servicio a los romanos permaneciendo en su propia tierra y ablandando la rabia de su jefe si éste se indignaba por algo con los romanos. Entonces se retiró, habiendo acordado que yo sería el enlace de los mensajes de Maximino para él pues no sería apropiado a la dignidad de Maximino visitarle constantemente»<sup>604</sup>.

## 8. La llegada de Atila al pueblo huno

«Al día siguiente entré en la cerca del palacio de Atila llevando regalos para su esposa cuyo nombre era Kreka (o Hereca). Ella tenía tres hijos, el mayor de los cuales gobernaba Acatiri y las otras naciones que se extienden por la Escitia pónica. Dentro de la cerca había numerosos edificios algunos con tabloncillos tallados, perfectamente ajustados, otros de bloques de madera rectos clavados en el suelo y que se elevaban a una altura moderada. La mujer de Atila vivía allí y habiendo sido permitido mi paso por los bárbaros de la puerta, la encontré

---

603 PRISCO, pp. 307.7 a 309.12.

604 PRISCO, pp. 309.12 a 310.26.

reclinada en un diván blando. El suelo de la habitación estaba cubierto con fieltro y alfombras de lana encima. Un número de sirvientes permanecía a su alrededor y doncellas sentadas en el suelo enfrente de ella, bordaban con colores paños destinados como adorno para la ropa. Habiéndome acercado, saludado y ofrecido los regalos, salí y anduve a otra casa donde estaba Atila, y esperé a Onegesio, quien, yo sabía, estaba con Atila. Permanecí en medio de la gran multitud, los guardias de Atila y sus ayudantes me conocían y así nadie me impidió el paso. Vi gran número de personas avanzando y una gran conmoción y ruido. Estaban esperando la salida de Atila. Este salió de la casa, con una marcha digna, mirando a su alrededor. Estaba acompañado por Onegesio y permaneció a la puerta de la casa, y muchas personas que tenían juicios entre ellos venían y recibían su sentencia. Entonces él volvió dentro de la casa y recibió a los embajadores de los pueblos bárbaros»<sup>605</sup>.

«Mientras estaba esperando a Onegesio, se pusieron a mi lado Rómulo, Promoto y Romano, los embajadores que habían venido de Italia por el asunto de los vasos de oro. Ellos estaban acompañados por Rústicio y por Constantino, un hombre de Pannonia que era súbdito de Atila. Me preguntaron si habíamos sido rechazados o pedido que permaneciésemos, y yo contesté que lo sabría pronto por Onegesio y por eso estaba esperando fuera del palacio. Cuando fue mi turno de preguntas, pregunté si Atila se había dignado darles una réplica amable y me dijeron que su decisión era inamovible y que amenazaba con la guerra a menos que Silvano o los vasos fuesen entregados»<sup>606</sup>.

«Mientras estábamos hablando acerca del estado del mundo salió Onegesio. Fuimos hacia él y le preguntamos acerca de nuestras preocupaciones. Después de hablar primero con algunos bárbaros me envió a preguntar a Maximino quien era el Cónsul que enviaban los romanos como embajador a Atila. Cuando volví a nuestra tienda y di el mensaje a Maximino, deliberamos sobre qué respuesta podíamos dar al bárbaro. Volviendo a Onegesio le dije que los romanos deseaban que él viniese a la corte oriental para arreglar los distintos aspectos de las disputas y, si eso era imposible, el Emperador enviaría a cualquier embajador que él eligiese. Entonces me envió a recoger a Maximino, a quien él llevó personalmente, a la presencia de Atila. Poco después salió Maximino y me dijo que el bárbaro deseaba que Nomo o Anatolio o Senator fueran el embajador y que no recibiría a nadie que no fuese uno de estos tres. Cuando Maximino le respondió que no estaba bien mencionar hombres por su nombre y hacerlos sospechosos ante el Emperador, Atila dijo que si no elegían para satisfacer sus deseos, las diferencias se arreglarían con las armas. Cuando volvimos a nuestra tienda vino el padre de Orestes, Tatulo, con una invitación de Atila para ambos a un banquete a las tres»<sup>607</sup>.

---

605 PRISCO, pp. 310.26 a 311.29.

606 PRISCO, pp. 311.30 a 314.16.

607 PRISCO, pp. 314.17 a 315.10.

## 9. El banquete

«Cuando llegó la hora fuimos al palacio con la embajada de los romanos occidentales. Permanecemos en el umbral del salón en la presencia de Atila y los portadores de copas nos dieron una copa de acuerdo con la costumbre nacional antes de sentarnos. Habiendo probado la copa tomamos nuestros asientos. Todas las sillas estaban colocadas junto a la pared a uno y otro lado de la habitación. Atila se sentó en medio, encima de un diván. Un segundo diván fue colocado detrás de él y desde éste, las escaleras se dirigían a su cama que estaba cubierta por sábanas de lino y un cubrecama, muy trabajados como ornamento tal y como los griegos y los romanos acostumbran a arreglar sus camas de boda»<sup>608</sup>.

«Los lugares a la derecha de Atila eran ocupados por los jefes de honor, y los de la izquierda, donde nos sentamos nosotros, eran de rango secundario. Berico, un noble entre los escitas, se sentó en nuestro lado pero tenía preferencia sobre nosotros. Onegesio se sentó en una silla a la derecha del diván de Atila y a continuación de Onegesio se sentaron en sillas dos de los hijos de Atila. Su hijo mayor se sentó en un diván, no muy cerca al jefe, sino en el otro extremo, con sus ojos fijos en el suelo en tímido respeto a su padre.

Cuando todo estuvo arreglado, un portador de copas vino y dio a Atila un cáliz de madera con vino. Lo tomó y saludó al primer invitado, Berico, quien, honrado por el saludo se levantó y permaneció de pie hasta que el rey, habiendo probado el vino, devolviese la copa al portador. Todos los invitados entonces honraron a Atila de la misma manera, saludándole y después probando las copas, pero él no se levantaba. Cada uno de nosotros teníamos un portador de copas quien se adelantaría a ofrecer el vino cuando el portador de Atila se retirase. Cuando el segundo en preferencia y aquéllos cerca de él habían sido honrados de manera semejante, Atila brindó por nosotros en la misma forma y de acuerdo con el orden de los asientos. Cuando esta ceremonia acabó se retiraron los portadores de vino; y mesas, lo suficientemente grandes para sentarse tres o cuatro o incluso más personas, fueron colocadas de tal manera que cada uno pudiera tomar los alimentos en los platos sin abandonar su asiento. El sirviente de Atila entró primero con un plato de carne y después de él vinieron los otros sirvientes con pan y viandas, que dejaron en las mesas. Una comida de lujo, servida en platos de plata se había hecho para nosotros y los invitados bárbaros, pero Atila no comió otra cosa que carne con un tenedor de madera. En todo lo demás también se mostró moderado. Su copa era de madera mientras los invitados recibieron cálices de oro y plata. Su vestido también era muy simple, preocupado sólo de que estuviese limpio. Ni la espada que llevaba a su lado ni los cordones de sus zapatos, ni las bridas de su caballo estaban adornadas con oro ni gemas preciosas, ni nada costoso, como los de los otros escitas. Cuando los alimentos del primer plato fueron consumidos, todos nos levantamos y volvimos a nuestros asientos y, en el mismo orden de antes, bebimos a la salud de Atila en el cáliz de vino ofrecido por él. Entonces nos

---

608 PRISCO, p. 315.11-25.

sentamos y un segundo plato fue servido en cada mesa con alimentos de otro tipo. Después de este plato se observó la misma ceremonia que después del primero.

Cuando llegó la noche se encendieron antorchas y dos bárbaros se colocaron delante de Atila cantando canciones que ellos habían compuesto, celebrando las victorias, así como sus grandes hazañas y su valor en la guerra. Y de los invitados, cuando miraban a los cantantes, algunos estaban complacidos con los versos, otros excitados en sus almas al recordarles las guerras, mientras otros, cuyos cuerpos eran débiles por la edad y sus espíritus inclinados hacia el reposo, lloraban»<sup>609</sup>.

«Después de las canciones, un escita, cuya mente estaba atrofiada, apareció e insinuando y hablando palabras sin sentido forzó la risa de la compañía. Después de él entró Zerco, el enano moro que había pertenecido a Bleda. Este había sido enviado por Atila como un regalo a Aecio, quien a su vez le regaló a Aspar. Pero Zerco había vuelto al territorio huno para recuperar a su mujer que Bleda le había dado. Edeco le había persuadido a acudir a Atila para recobrar a su esposa. No tuvo éxito pues Atila se enfadó con él por volver. El esperaba que el jefe huno cambiaría de opinión si podía hacerle reír. En el banquete hizo su aparición y provocó gran risa en todos excepto Atila debido a su apariencia, su vestido, su voz y sus palabras que eran una jungla confusa de latín, húnico y gótico. Atila sin embargo permaneció inmóvil y de una contumacia incambiable, ni por la palabra ni por el gesto mostró algo que se aproximase a una sonrisa de aprobación excepto a la entrada de Ernas, su hijo menor a quien pellizcó la mejilla y miró con satisfacción. Me sorprendí que prestase tanta atención a este hijo e ignorase a los otros. Pero un bárbaro que se sentaba a mi lado y sabía latín, pidiéndome que no lo revelara, me hizo entender que los profetas habían predicho a Atila que su raza caería pero sería restaurada por este niño. Cuando la noche había avanzado nos retiramos del banquete, no deseando seguir bebiendo»<sup>610</sup>.

Al día siguiente fueron a ver a Onegesio para decirle que creían que estaban malgastando su tiempo y que querían marcharse. Recibieron permiso porque habían cedido a las demandas de los hunos sobre la composición de la siguiente embajada, y Onegesio dictó a Rústicio una carta para Teodosio. Aquel día la mujer de Atila, Hereca, y algunos jefes hunos invitaron a los romanos. Les dieron copas de vino y mientras bebían, les abrazaban. Y la noche siguiente Atila les invitó a un banquete muy parecido al anterior. Esta vez el lugar de honor fue ocupado por un tío de Atila, hermano de Rua, Octar y de Mundiuch, llamado Oëbarsio. No había reinado con sus tres hermanos, y el hecho de que estuviese todavía vivo en el 449, significa que era mucho más joven que ellos. Pero durante esta cena, Atila habló con Maximino todo el tiempo.

La conversación, larga y tediosa, trataba de la hija de un tal Saturnino que Teodosio personalmente había prometido a su secretario romano Constancio durante la última embajada huna en Constantinopla. Pero antes de llevar a cabo el matrimonio, Zeno la raptó y la había

---

609 PRISCO, pp. 315.25 a 317.20.

610 PRISCO, pp. 317.20 a 318.18.

casado con uno de sus amigos llamado Rufo. Constancio se quejó a Atila y este exigió que Teodosio entregara otra mujer y con un ajuar tan rico como el de la primera<sup>611</sup>.

## **10. Los romanos se ponen en marcha para volver a Constantinopla acompañados por Berico: se encuentran con Bigilas de vuelta al pueblo huno**

Tres días más tarde tras recibir regalos de los hunos, los romanos se pusieron en marcha hacia Constantinopla. Iban acompañados por Berico a quien Atila había encomendado negociar con los romanos y recibir los regalos. En un pueblo que pasaron, se enteraron que un espía huno, que trabajaba para el imperio romano, había sido capturado y estaba a punto de ser empalado. Al día siguiente, vieron dos esclavos de los hunos con sus manos atadas por detrás, acusados de haber matado a su amo que les había capturado. Fueron crucificados.

Al cruzar el Danubio, Berico, que hasta ese momento había sido un hombre callado pero sociable, comenzó a comportarse de manera huraña. Discutió sobre los siervos, sobre el caballo que Atila exigió que sus jefes, y entre ellos Berico, entregasen cada uno a Maximino, y ahora reclamaba la devolución del suyo, y se negó a comer y cabalgar junto a los demás. No sería hasta llegar a Constantinopla cuando él confesase que estaba disgustado por las noticias que Maximino le había dado: que los jefes germanos ya no tenían ninguna influencia en la corte imperial y que Aspar y Areobindo habían caído en desgracia<sup>612</sup>.

Durante el viaje de vuelta a Constantinopla, entre Filipópolis y Adrianópolis se encontraron con Bigilas que marchaba hacia el territorio huno con las cincuenta libras de oro para Edeco. Tras preguntar sobre los últimos acontecimientos en el campo huno Bigilas continuó su viaje sin sospechar que se dirgía hacia una trampa.

Cuando Bigilas llegó al pueblo huno fue hecho prisionero y «descubrieron» el oro. Inmediatamente le llevaron a la presencia de Atila que exigió saber por qué tenía tanto oro en su posesión. El replicó que era para comprar comida para él y sus siervos y para los animales de carga. Además, añadió, muchos familiares de prisioneros le habían dado dinero para pagar su rescate si podía. Atila, furioso, le gritó que esa cantidad era demasiado grande para comprar la comida necesaria, y que él había prohibido a los romanos durante su última estancia entre ellos, comprar cualquier cosa en territorio huno excepto comida. Y ordenó a sus subordinados traer a su presencia y matar al hijo de Bigilas, que había acompañado a su padre, si éste no decía la verdad. Bigilas, llorando, dijo que debían matarle a él y no a su hijo que era inocente y que no les había hecho ningún daño. Confesó todo el complot entre el Emperador, Crisafio y él mismo, y pidió que le mataran a él y dejaran a su hijo libre. Como su relato era parecido al de Edeco, Atila ordenó que le encadenaran y envió al hijo, en compañía de Orestes y Esla, a Constantinopla para exigir otras cincuenta libras de oro para su rescate.

Recibieron instrucciones explícitas de Atila. Orestes tenía que llevar, colgando de su cuello, la bolsa en la cual Bigilas había transportado las cincuenta libras de oro y tenían que preguntar al emperador y a Crisafio si la reconocían. Y Esla tenía que decir a Teodosio que su padre, Arcadio, había sido un hombre honorable y noble, y que también el padre de Atila había sido un hombre noble. Pero mientras Atila conservaba las buenas cualidades de su padre, Teodosio había venido a menos y ahora era el esclavo de Atila y le tenía que pagar tributo. Además, no se

---

611 PRISCO, p. 318.19 a 320.20.

612 PRISCO, pp. 320.21 a 322.5.

comportaba correctamente con su amo, sino que atentaba contra él como lo haría un esclavo malvado. Pero Atila le perdonaría si él entregaba a Crisafio a los hunos para castigarle<sup>613</sup>.

Las cosas en la corte oriental se pusieron muy difíciles para el emperador y para Crisafio. Llegó primero Maximino con la exigencia de una esposa para Constancio y con la oferta de que si el emperador no se sentía bastante fuerte para rescatar a la hija de Saturnino, podían unir sus fuerzas, los hunos y los romanos, para luchar contra Zenón, que la había raptado. Teodosio no aceptó la oferta y Atila vio truncada su posibilidad de luchar contra el *magister militum*, dentro de las fronteras romanas y aliado con el emperador. El isaurio, Zenón, tras su victoria en la defensa de Constantinopla en el 447 fue nombrado consul en el 448 y *magister militum* de Oriente en el 449. Ahora era fuerte y podía enfrentarse a su enemigo principal en la corte, Crisafio. Puede ser que raptase a la hija de Saturnino y la casara con Rufo solamente para complicar las relaciones diplomáticas entre el eunuco y los hunos, y mermar la confianza del emperador en su principal consejero. Crisafio convenció al emperador para confiscar los bienes de la mujer y Zenón replicó exigiendo la cabeza de Crisafio. Al poco tiempo llegó la embajada de los hunos y el hijo de Bigilas exigiendo más oro, con los insultos hacia el emperador y también pidiendo la cabeza de Crisafio. A pesar de ser enemigo de Crisafio y de su política Prisco dice que «todo el mundo le ofrecía sus mejores deseos y apoyo»<sup>614</sup>.

El comportamiento de Atila durante este período es extremadamente interesante. Famoso por su ataques de cólera y violencia, se comportó con una frialdad impresionante ante el intento de asesinarle. Mostró estar por encima de las circunstancias y, en algunos aspectos superior a los romanos orientales. Una vez visto que podía confiar completamente en sus enviados y espías, él podría fácilmente haber matado a Bigilas y, sin duda, también a Crisafio. Pero su plan era otro. El quería demostrar que estaba por encima del Emperador romano, y que podía ser un amigo valioso. Ofrecer su ayuda a Teodosio para luchar contra Zenón no se puede considerar solamente como un pretexto para entrar en el imperio. Parece evidente que él no quería derrocar a Teodosio ni conquistar al imperio sino que vio su oportunidad de convertirse en el gran aliado del imperio romano, luchando contra los mercenarios isaurios, que, además, eran una amenaza para él. El hecho de que Zenón fuera un bárbaro como él y también enemigo de Crisafio no le importó. Atila reconocía los límites de su pueblo y sabía que no podrían gobernar un imperio tan grande como el romano. Era más ventajoso aliarse con ellos, y tener un intercambio libre cultural y económico, sin tener que dispersar sus efectivos defendiendo fronteras lejanas. Estas son naturalmente, suposiciones sobre sus propósitos vistas desde hoy, y pueden estar equivocadas. Pero los hunos llegaron a ser una fuerza bajo el mando de Atila que pudo haber derrotado a cualquiera de los tres imperios (romano oriental, romano occidental, persa). El hecho que no lo hicieran está en el proyecto para el futuro que tenía Atila para su pueblo. Este era astuto y diplomático, a pesar de la fama de sus arrebatos de cólera, más que un gran estratega militar.

### C) NUEVA EMBAJADA A LA CORTE HUNA EN 450

Crisafio reaccionó rápidamente. Como el gobierno oriental había decidido aceptar la exigencia sobre el rango de los embajadores, en el 450 enviaron una nueva embajada encabezada por Anatolio y Nomo. Les acompañaba el hijo de Bigilas con las cincuenta libras de oro para

---

613 PRISCO, pp. 322 a 326.17.

614 PRISCO 326.32: πάντων δὲ ἄστω εὐνοϊάν τε καὶ σπουδὴν συνεισφερόντων.

rescatar a su padre. Las instrucciones que recibieron eran las de tranquilizar a Atila como fuese, y prometer que Constancio tendría una esposa tan noble y rica como la hija de Saturnino, a la vez que explicar que no era costumbre romana casar a una mujer contra su voluntad. Además, Crisafio envió personalmente cierta cantidad de oro a Atila como desagravio por su comportamiento.

Este comité cruzó el Danubio y Atila vino hasta el desconocido río Drecon para recibirlos. Los principios del encuentro fueron tensos, pero los emisarios romanos consiguieron calmar al huno con los ricos regalos que llevaron y con sus manifestaciones pacíficas. Anatolio y Nomo demostraron su gran valor como diplomáticos y esta embajada fue un éxito rotundo. Convencieron a Atila para que jurase mantener la paz establecida en el tratado del 448, como les había dicho Crisafio. Además, consiguieron la promesa de Atila de no molestar más a Teodosio con demandas sobre la devolución de los tróficos hunos excepto si el Imperio recibiese más en el futuro. Pero su mayor éxito fue que convencieron a Atila para retirarse de la enorme extensión de terreno al sur del Danubio que había arrancado a los romanos en el 448. Este paso, sin duda, beneficiaría a ambos lados, facilitando el intercambio comercial otra vez. Con tacto, ambas partes evitaron mencionar el complot contra la vida de Atila. Pero Bigilas fue liberado y, como favor especial a Nomo y Anatolio, también la mayoría de los prisioneros romanos sin pedir rescate para estos últimos.

Antes de volver a Constantinopla, Atila regaló a los embajadores romanos caballos y pieles muy apreciadas por los hunos. También los emisarios romanos en la embajada anterior recibieron caballos y regalos de despedida y fueron los invitados personales de Atila y luego de su mujer, lo cual muestra que era una cortesía establecida que los emisarios por ambos lados fuesen bien tratados. La corte de Atila no fue menos espléndida que la romana entregando regalos a los embajadores. El hecho de que los hunos exigieran oro podía, en principio, mermar el tesoro imperial. Pero, a la larga, gran parte de ese oro volvía a territorio romano por medio de la compra, por parte huno, de productos romanos en los mercados fronterizos. Fueron acompañados en su viaje por Constancio el secretario romano de Atila. Teodosio le había conseguido una esposa noble y rica, la viuda de Plinta, el embajador que había firmado el Tratado de Margus con Atila en el 435<sup>615</sup>.

Pero Teodosio disfrutó poco de esta paz firmada en junio del 450. El 26 de julio cayó de su caballo durante una cacería cerca del río Lycus, próximo a Constantinopla y murió dos días más tarde<sup>616</sup>.

---

615 PRISCO, pp. 326.26 a 328.22.

616 HIDACIO, *Chronicon*, a.451, Chron.Min. II, p. 25: Teodosio el emperador muere en Constantinopla en el año XLVIII de su edad. Inmediatamente después, Marciano es nombrado emperador por los militares y el ejército, estando presente también su esposa, la reina Pulqueria, hermana de Teodosio.